

cuando hay
dos juntos...
¡es
"Espléndido"!



si uno es
bueno,
el otro
es
mejor...



Garvey
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!

Las relaciones entre los Estados Unidos y Europa ofrecen el carácter de una crisis permanente. Probablemente esta continua revisión del juicio mutuo arranca del mismo momento en que los Estados Unidos se forman como nación en lo que los historiadores llaman la guerra de Independencia (1775-1781), pero que en realidad es una guerra civil entre europeos provocada, como todas las guerras civiles, por la situación injusta de un grupo con respecto a otro —la aplicación de impuestos a los colonos sin darles representación en el Parlamento—, en la que se complicaron directamente grupos europeos: España y Francia en ayuda de los americanos, grandes grupos de mercenarios alemanes luchando junto al ejército imperial inglés. El europeísmo fundacional de América, nacido de una forma de guerra civil, ocasiona quizá este continuo movimiento pendular de atracción y repulsión constante en la historia de los dos continentes y reflejado en el terreno interior de cada uno de ellos: hay en Europa americanistas y antiamericanistas, como hay en Estados Unidos aislacionistas y antiaislacionistas. En un concepto amplio, extrageográfico, como el que hoy es imprescindible tener, de lo que significa Europa —un laboratorio de ideas, un ensayo de formas de vida, una comunidad de ciudadanos— es inevitable pensar que los Estados Unidos forman parte de Europa. Con un concepto global de Europa podemos entender que las dos últimas guerras llamadas mundiales fueron guerras civiles de Europa —la última con un marcado carácter ideológico, parte de cuyas premisas se han perdido después en la postguerra— y la intervención en ellas de los Estados Unidos constituye una prueba de su europeísmo fundamental. A raíz, sobre todo, de esta última guerra —aunque sus raíces estuvieran afincadas desde mucho antes— este tipo de unión entre Estados Unidos y Europa se ha buscado un nombre de mayor amplitud geográfica: se llama Occidente. Este concepto euramericano de Occidente ha nacido con algunos pecados originales graves. El primero ha sido el rechazo de la URSS y de las potencias comunistas menores fuera del mundo europeo. El segundo, la implantación de Estados Unidos en Europa en una forma predominante militar y con un fondo de invasión económica.

La heterodoxia ideológica de considerar a la Unión Soviética como una potencia asiática es un mito de origen alemán y centroeuropeo, nacido del antiguo sufrimiento de soportar las invasiones asiáticas llegadas del Este a través de Rusia, utilizado después para justificar ciertas formas de expansión hacia un Este aparentemente más «blando» para los ejercicios militares que un Oeste mejor armado. Los Estados Unidos heredaron, por su cuenta y razón, este mito que no ha dejado de permeabilizar a algunos de los más inteligentes políticos europeos. De Gaulle hablaba no hace mucho tiempo —antes de su luna de miel con la URSS— de una Europa «desde el Atlántico hasta los Urales» como si en estos tiempos una cadena de montañas o un río profundo pudiera significar un verdadero límite continental, como si la URSS pudiera de pronto dividirse en una parte asiática y una parte europea. Es curioso observar cómo sobreviven estas nociones medievales. En cuanto al marxismo, es una hipócrita ficción considerarlo como extra-europeo, extraoccidental. Hegel, Marx y Engels nacieron en Alemania. Engels y Marx formaron sus ideas en la contemplación de un fenómeno profundamente europeo como fue la revolución industrial de Manchester, donde el primero representaba los intereses textiles de su padre y ayudaba al segundo, exiliado. Lenin nació en Simbirsk, más acá de los Urales, en la Rusia europea, y se graduó en la Universidad de San Petersburgo, ciudad tan europea entonces que en sus clases cultas se hablaba más en francés y en alemán que en ruso. La URSS actual, después de todas sus sobresaltadas etapas, es una creación ideológica, cultural, geográfica, política y económica típicamente europea. Los Estados Unidos son una creación casi filial europea.

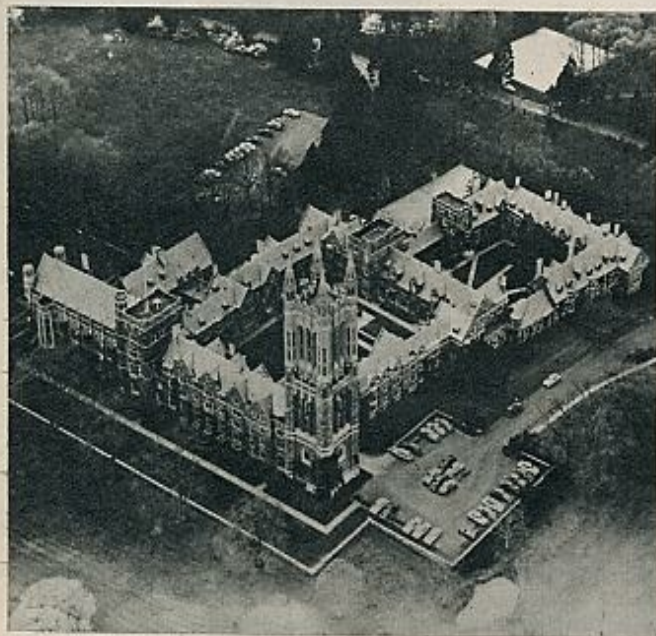
La implantación militar y económica de los Estados Unidos en Europa al terminar la II Guerra Mundial tenía el objeto visible de impedir el desplome de la Unión Soviética, en su forma estaliniana, sobre la zona atlántica del continente. Pero los habitantes de esa zona no han dejado de ver en la acción de los Estados Unidos una forma implacable de dominación sobre ellos mismos. Cuando la forma estaliniana del comunismo soviético se da por desaparecida, como pa-



Occidente: el estadio Lenin, el río Moscova y la Universidad de Moscú.

en el Vietnam, y esa forma guerrera, en un mundo donde la contención militar existe cada vez menos amenazada con una guerra nuclear, en numerosos sectores europeos, capitaneados por el General de Gaulle, aparece la idea de rechazar a los Estados Unidos al otro lado del Atlántico. Expulsar a los Estados Unidos del concepto general de Occidente, que es una ampliación del concepto de Europa, es algo tan heterodoxo y tan sin sentido como considerar a la URSS y a las potencias comunistas como naciones extraeuropeas y empujarlas hacia Asia. Europa atlántica —una región dentro de un concepto— rehuía a la URSS de Stalin, cuando a Stalin le temían sus propios compatriotas y su propósito parecía ser, al margen de los propósitos ideológicos del marxismo, el de una dominación imperialista mundial. A los Estados Unidos de Johnson y McNamara les rehúye Europa cuando temen que en sus cerebros electrónicos y en sus arsenales de «missiles» nucleares haya un alma imperialista con deseos de dominación mundial. La URSS no era Stalin, los Estados Unidos no son Johnson. La Europa atlántica apoyó todo aquello que en la URSS no era Stalin, y lo apoyó sin límites: el deseo de libertad, de rehuir una dictadura, de dejar vivir libremente las ideologías. La Europa atlántica apoya —evidentemente, con más dificultades, con más pro-

UN CONCEPTO DE OCCIDENTE



Occidente: la Universidad de Princeton, en Nueva Jersey.

rece ser hoy la opinión común de los observadores europeos, incluso en organismos tan conservadores como la OTAN —en su reunión de fin de año en París—, queda más desnuda esa supuesta intención americana de dominio. Como en estos momentos los Estados Unidos aparecen como una potencia guerrera, en consecuencia de su compromiso

blemas de expresión— todo aquello que en Estados Unidos no es guerra del Vietnam, poderío atómico, ansia de dominio.

Esta nueva situación de crisis entre Europa y Estados Unidos se está planteando simultáneamente aquí y allá, en los dos lados del Atlántico. Para muchas mentalidades dualistas —especialmente, en Francia— se trata aquí de un «renversement des alliances», de un cambio de orientación hacia una URSS apaciguada abandonando unos Estados Unidos belicistas. Allá, el dualismo se plantea en forma de un abandono de Europa —un regreso al aislacionismo— o la continuación por la fuerza de la intervención. Todas estas formas de pensar son, a mi juicio, erróneas. Para los Estados Unidos se trata de volver a pensar la situación, de considerar que su enorme poderío cultural, económico y científico no puede seguir desarrollándose en forma de competición o de enfrentamiento, sino de cooperación y de continuación. Para la Europa continental, se trata de entender que la forma política actual de los Estados Unidos es circunstancial y debe ayudarla a extraerse de ella, debe favorecer los núcleos americanos que son contrarios al imperialismo. Es cierto, como dice Schlesinger, que Europa y América crecen culturalmente juntos y políticamente separados.

La posibilidad de que un concepto de Occidente incluya simultáneamente la Unión Soviética, las potencias comunistas de Europa, las potencias atlánticas de Europa y los Estados Unidos es cada vez menos una utopía; dejará de serlo cuando los Estados Unidos abandonen su empresa antihistórica en el Vietnam. Podrán entonces unirse «los hombres modernos en una comunidad de fraternidad y esperanza» (Schlesinger), y confrontar sus ideologías en libertad y sin miedo, bariendo de un golpe las secuelas de la guerra fría. A condición de que ese concepto de Occidente así nacido no se convierta otra vez en una facción militante del mundo, ajeno a los países subdesarrollados, enemigo de Asia, dispuesto a saltar sobre la garganta de China. En ese caso, todo el esfuerzo estaría perdido.